

El caballo negro

«Miré, ¡y apareció un caballo negro! El jinete tenía una balanza en la mano.»

—APOCALIPSIS 6, 5—

«Pero el que no ama a su hermano está en las tinieblas y camina en ellas, sin saber adónde va, porque las tinieblas lo han enceguecido.»

—PRIMERA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL JUAN 2, 11—

PRIMERA PARTE

1 de noviembre

Tenía mucho sueño, pero hice un gran esfuerzo y ordené que trajeran a Nazarenko. Alto, tocado con un gorro amarillo de piel, entró y se quedó en el umbral, en posición de firmes.

—Siéntate.

—Me quedaré de pie, mi coronel.

—No, siéntate aquí, enfrente de mí.

Por cortesía, marcó el paso junto a la puerta. Luego se sentó en el borde de la silla.

—¿Eres obrero de la fábrica Putilov?

—Exacto, mi coronel.

—¿Y te arresté en el tren blindado «Lenin»?

—Exacto, mi coronel.

—¿Qué dije entonces? Repítelo.

Nazarenko se quedó pensativo y luego levantó los ojos.

—Dijo que quien quisiera podía unirse a su ejército. Y que quien no sería fusilado...

—No, dije: «Quien quiera que se una al ejército, pero si encuentro a un traidor, lo colgaré...». ¿Fue así?

—Exacto, mi coronel.

—Y ahora me entero de que eres comunista.

Se estremeció.

—¡Confiesa! ¿Quién más forma parte de tu célula?

—No lo sé, mi coronel.

—Y qué te va a pasar, ¿lo sabes?

—Es decisión suya.

—Muy bien. ¡Ordenanzas!

Quería decir algo, incluso hizo un movimiento para levantarse de la silla. Pero justo entonces entraron Yegórov y Fedia.

—¡Ordenanzas! ¡Ciento cincuenta latigazos!

Cuando se llevaron a Nazarenko, me eché sin desvestirme en la cama. Enseguida todo quedó sumido en la neblina: Nazarenko, la marcha en medio de la helada, las pinedas cubiertas de escarcha, el robledal amarillo púrpura, el chirrido de las sillas de montar y mi yegua baya Paloma. Pero al otro lado de la pared se oía un silbido y el ruido de un golpe, el aire empezó a vibrar con fuerza, a intervalos regulares.

—¡Mi coronel!

—Cuarenta y dos... Cuarenta y tres... Cuarenta y cuatro...

Me desvelé. Me sentía a disgusto en aquella habitación asfixiante, dentro de una casa extraña que pertenecía a un sacerdote desconocido y atemorizado. Y en el vestíbulo una voz ronca exclamó:

—¡Eh, mira cómo se mueve! Siéntate sobre su cabeza, Fedia...

Era Yegórov quien «trabajaba».

2 de noviembre

Yegórov es un campesino de barba blanca, natural de Pskov. Es un viejo creyente, no fuma, no come en un plato que no sea suyo y observa rigurosamente la ley. Hace unos quince años mató a su hermano por celos. Pero, según él, se trataba de «un asunto de faldas» y, por lo que a las mujeres respecta, no hay ley que valga. Cuando se enroló como voluntario, le pregunté:

—¿Por qué los odias?

—¿A quiénes?

—A los comunistas.

—¿A esos demonios? ¿Y por qué tendría que quererlos? Quemaron mi casa y mataron a mi hijo... Incluso un perro se apiada de sus cachorros... Habría que quemarlos vivos a todos.

—Sí, pero ellos dicen que los Blancos están luchando por los terratenientes.

—¿Y qué? Ya les retorceremos el pescuezo, a los terratenientes.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento.

Le han ascendido a sargento de caballería y está muy orgulloso de su rango. Y cuando, en tono de broma, Fedia le dice que es «un lacayo de los nobles», él sacude rabiosamente su barba cana.

—Cállate, víbora. No estoy a favor de los aristócratas, sino de Rusia.

De Rusia... Antes de la guerra, seguramente, decía: «Yo soy de Pskov» y no quería conocer a «los de Kaluga». Pero ahora, fusil en mano, recorre Rusia a caballo mientras la limpia de «demonios».

3 de noviembre

La pequeña ciudad donde estamos acantonados es miserable y sucia. Hay arena por doquier: en el bosque, en los caminos, en las calles, en la almohada. Como si estuviéramos en el desierto de Arabia. Pero en el desierto calienta el sol, mientras que aquí se apaga el día plomizo, se arremolina la pegajosa nieve de otoño y por las mañanas el frío entumece los dedos. Solo llevamos nuestros capotes de verano. No tenemos botas de fieltro. Ni manoplas. Algún listo en la retaguardia se dedicó a robar lo ajeno.

En la plaza de la ciudad las aceras desgastadas están cubiertas de estiércol de caballo y de polvo. Las mujeres envuelven sus cabezas en pañuelos blancos y los campesinos llevan zamarras blancas. Casi no se ven judíos. Los judíos huyeron a los bosques, con los ancianos, sus mujeres e hijos, con sus vacas y sus bártulos. Para ellos, nosotros no somos libertadores, sino instigadores de pogromos y asesinatos. En su lugar, yo también habría huido...

Los pogromos, los pillajes y las violaciones están rigurosamente prohibidos. Bajo pena de muerte. Pero sé que ayer los hombres del segundo escuadrón jugaban a las cartas apostando relojes y anillos; que el capitán Zhgun saqueó

una tienda judía; que los ulanos tienen dólares americanos; que en el bosque han encontrado el cadáver mutilado de una mujer. ¿Fusilar a los culpables? Ya he fusilado a dos. Pero no puedo fusilar a la mitad del regimiento.

Mientras escribo esto, un gramófono ronquea en el comedor. Ronquea, se ahoga y vuelve a ronquear, como si se quejara de su enfermedad mecánica. Oigo a Fedia trajinar un buen rato con la intención de repararlo. Finalmente escupe con rabia. Luego se pone a cantar en voz baja:

*Por qué será, no lo sé,
pero los obreros de Rusia
se apasionaron con fervor
por Trotski, Lenin y etc.*

4 de noviembre

Fedia es un artista. Cuando no está «ocupado», dibuja «imágenes». Hoy me ha traído una de ellas. Ha pintado su propio retrato. El mismo cabello rojo fuego, la misma nariz chata, los mismos ojos dementes: uno de ellos muerto, arrancado de un balazo; el otro, entornado, alegre y vivaracho. En el retrato no viste un abrigo de los nuestros, sino uno inglés, pero adornado con galones y estrellas de cinco puntas. Iba firmado: «Comisario Fiódor Fiódorov, camarada Moshenkin».

Tan fascinado estaba con su autorretrato que no podía apartar los ojos de él. Si hubiese sabido historia, se habría imaginado como una reencarnación de Ney o de Davout. En realidad, en su vida anterior, había sido vendedor de

comestibles, un pequeñoburgués de Vladímir. Y, satisfecho con su obra, dijo:

—Gramo-gramo-gramófono... Fono-fono-fonógrafo...
¿No podría enviarlo a una exposición, mi coronel?

5 de noviembre

He mandado ensillar a Paloma y he ido a través de los campos. La yegua, que había pasado mucho tiempo encerrada, partió, contenta y suelta, al trote, y sus cascos resonaban en los charcos dejados por la lluvia. Aunque encapotado, el día era cálido. Soplaban el viento con un silbido. Las nubes, hechas jirones y color lila negruzco, descendieron hasta casi rozar la tierra.

¡Cómo me gustan estas vastas extensiones de tierra! Me gustan el bosque azul a lo lejos, el deshielo y la niebla de los pantanos. Aquí, en estos campos, sé y siento con todo mi corazón que soy ruso, descendiente de labriegos y vagabundos, hijo de esta tierra negra, empapada en sudor. Aquí no existe Europa ni se la necesita, tampoco su racionalismo mezquino, su pobre sangre y sus caminos trillados, recorridos de punta a cabo. Aquí están «las nieves blancas», la imprudencia, el escándalo, la rebelión.

Me detuve a orillas del Berezíná y me puse a caminar a lo largo del río. Corría profundo y tranquilo. Un hielo frágil hacía tintinear sus aguas desiertas. Goteaban agua los matorrales oxidados, el pie se deslizaba por la hierba mojada, y Paloma, a paso suave, me tocaba en el hombro con su hocico. Escuchaba su respiración y me parecía que ella, el cielo bajo, el Berezíná, las cañas susurrantes y yo

formábamos un todo indivisible, un mundo único, cerrado e impenetrable... Y pensé en Olga. Se me apareció tal y como la había visto en otro tiempo, en Moscú, vestida de blanco, tocada con un sombrero de paja. ¿Dónde estará Olga? ¿Qué será de ella?

6 de noviembre

Rusia es Olga, Olga es Rusia. Sin Olga, mi enamoramiento de Rusia pierde toda su profundidad. Sin Rusia, mi amor por Olga pierde su sentido universal. Vivir en Rusia sin Olga es lo mismo que arrastrarse en el exilio con Olga, arrastrarse con «las alas rotas», temblando y «hundido en el polvo».

7 de noviembre

Ayer por la mañana ahorcaron en mi jardín a Nazarenko. No había confesado. Se había quedado tendido en la cocina, como una bestia herida. ¿Se imaginaba que iba a morir?

Eran pasadas las siete de la mañana. Despuntaba un sol frío. Por la noche había caído una nieve mullida, cubriendo la arena de los caminos. Nazarenko salió al zaguán con Yegórov. Después, tiritando y frunciendo el ceño, se situó debajo del abedul. En el árbol, a horcajadas sobre una rama totalmente desnuda, estaba encaramado Fedia. En la calle se agolpaban, silenciosos, los ulanos.

—Empieza.

Nazarenko suspiró profundamente. Iba con la cabeza descubierta y vestía una camisa corta blanca, con el cuello desabotonado. Yegórov le golpeó en el costado.

—Al menos... santíguate, hijo de perra.

Vi los dedos de Nazarenko agitarse febrilmente, a toda prisa, y cómo se movían sus labios azules. Y más que oírlo lo sentí:

—¡Coronel...! ¡Mi coronel!

Pero Yegórov dijo con aire lúgubre:

—Ni siquiera sabe morir con dignidad. ¿Adónde miras? Cuando uno se santigua tiene que mirar al cielo.

Fedia le pasó la soga por el cuello. Las delgadas rodillas se doblaron y la cabeza cayó hacia delante. Quedó colgado el cuerpo, largo, impotente. Fedia saltó del árbol, tiró de las piernas del ahorcado y gritó a los ulanos:

—¿Qué estáis mirando? ¡Ahuecando el ala!

8 de noviembre

El teniente Wrede, un húsar, se ha pasado toda la guerra en el frente. Una vez tuvo que conducir al regimiento de caballería hacia una alambrada. Resultó herido y lo condecoraron con la Cruz de San Jorge. Los comunistas lo apresaron y lo metieron en la cárcel, pero logró escapar. Ahora está al mando de nuestro segundo escuadrón.

Cada tarde viene a verme, se sienta en la otomana y fuma. Todavía es un niño: cabello rubio, mejillas sonrosadas y pelusa infantil en lugar de bigote.

—Yuri Nikoláievich, ¿por qué estamos en este agujero?

—Órdenes.

—¿Y nos pondremos pronto en marcha?

—Cuando así nos lo ordenen.

Frunció sus cejas finas.

—Estoy harto.

—Váyase solo entonces.

—Siempre se está burlando de mí.

—¿Burlarme? Vaya con Dios, Wrede... Si yo estuviera harto, me iría.

—¿Adónde?

—Al bosque.

Se extinguía el día y se encendían las primeras estrellas. Fuera, la noche helaba. Wrede iba de un lado para otro.

—Éramos tres hermanas y dos hermanos, nuestro padre era general. Nuestra madre murió hace mucho tiempo. Teníamos una pequeña propiedad cerca de Riga. A nuestro padre lo fusilaron, a mi hermano mayor lo mataron en el Cáucaso, y de mis hermanas no tengo noticias. Nuestra hacienda la saquearon, por supuesto... Así que ya ve... No puedo perdonarles lo de mi padre y mi hermano...

—Quizás Nazarenko también tuviera un hermano.

—¿Nazarenko? Pero ¡él era comunista!

—Y usted, ¿es Blanco?

—Sí, soy Blanco. Lucho por Rusia.

Sonreí:

—¿Y por su hacienda?

—¿Por mi hacienda? ¡Oh, no! Al diablo con la hacienda. Me importa un rábano. Que les aproveche, a los *muzhiks*.

Fedia trajo una lámpara encendida. Las estrellas se apagaron detrás de la ventana, olía a tabaco barato y a queroseno. Fedia bajó la mecha y, mientras se secaba los gruesos dedos en el mantel, dijo:

—Ellos se enriquecen, se aprovechan, mi teniente. En menuda panda de bribones se ha convertido el pueblo...

9 de noviembre

A Yegórov le quemaron la casa y asesinaron a su hijo. A Wrede le mataron a su padre. A Fedia, a su madre. Entiendo por qué odian a los Rojos. Pero yo, ¿por qué los odio?

No tengo casa ni familia. No tengo pérdidas porque no tengo bienes. A muchas cosas soy indiferente. Qué me importa a mí quién frecuenta el Yar:¹ si un gran príncipe borracho o un marinero ebrio con pendiente. Me da igual quién se «enriquezca» —es decir, quién robe—, si un funcionario zarista o un comunista con «conciencia de clase»: a fin de cuentas, no solo de pan vive el hombre. No me importa quién ostente el poder en el país: si la Cheká bolchevique o la Ojrana zarista. Después de todo, se recoge lo que se siembra. ¿Qué ha cambiado? Nada, salvo los nombres. ¿Hay que blandir la espada por tanta vanidad?

Pero los odio. Descamisados, con un emboquillado en los labios, traicionaron a Rusia en el frente. Y descamisados, con un emboquillado en los labios, ahora la profanan. Profanan la vida cotidiana. Profanan la lengua. Profanan incluso la palabra «ruso». Se jactan de no tener linaje. Para

1. Histórico restaurante de Moscú. Frecuentado durante el zarismo por la flor y nata de la sociedad rusa. En 1952, por orden de Stalin, se construyó adjunto a él el hotel Sovietski, estilo imperio. Se convirtió en lugar de encuentro para la diplomacia y los círculos de poder. (*Todas las notas son de la traductora.*)

ellos, la patria es un prejuicio. En nombre de su bienestar, venden por unos pocos kopeks una herencia que no les pertenece, que no es suya, sino de nuestros padres. ¡Y son estas bestias las que dictan las leyes en Moscú...!

*Si un piojo de tu camisa
te grita que eres una pulga
sal a la calle y ¡mátalo!*

10 de noviembre

Moscú, Moscú... El principio y el fin de mi vida. Sin Moscú y sus callejuelas tortuosas, sin la catedral de Cristo Salvador, Arbat y las Puertas del Kremlin, sin su riqueza, su gloria, su humillación y su miseria, no existe patria y, por tanto, yo tampoco. «Las cruces brillaban sobre las iglesias, los trineos chirriaban contra la nieve. Heladas matutinas, arabescos sobre las ventanas y el Monasterio Strastnoi llamando a misa. Me gusta Moscú. Es mi hogar.»

Pero ¿creo en la victoria? En la retaguardia reinan la necedad, la corrupción y el pillaje: abundan los ratones ciegos. En el frente, la necedad, el valor, el bandolerismo... No son, ni mucho menos, soldados de uniforme blanco, sino los dobles de sus enemigos. Temo que llegue el día en que daremos marcha atrás, como un rebaño de ovejas. Y lo haremos porque nuestro amor por Moscú es un amor interesado.